



CLEOPATRA

LOS SECRETOS DE
SEMPRONIO CUSIO

(E-9)



Por RICARDO FERRARI

15-743

Dibujos de MULKO

Marco Antonio mira el río, el río entero y poderoso. Mira las aguas verdes de la inundación rodar silenciosas en las escalinatas de mármol, y siente el olor asfixiante del cieno en putrefacción. Oye los hipopótamos, y el chasquido escafoliante de las mandíbulas de los cocodrilos, y el susurro del viento en los cañaverales.

(Egipto...)



El general se ha acostumbrado a esa tierra. A su ritmo infinitamente lento de siembras y cosechas, a su vocación de eternidad, a sus complicados dioses y a sus simplísimos hombres. El romano se ha habituado a todo esto. O mejor, como una fiera que ha sido domada, alguien lo ha acostumbrado.

Una buena tierra...



Alguien de ojos de gato, de infinita suavidad. Alguien que si es tocado a caricia como seda, y si es golpeado corta como metal. Alguien llamado Cleopatra.

¿Estás bien, mi señor?



Y en ese momento, el general parece petrificarse, sin apartar la vista del río.

Qué extraño... Un barco romano. Pero no de guerra...



Se vuelve hacia la reina, pero la reina no habla. Sigue moviéndose lánguidamente, dejando que su cuerpo casi desnudo pareciera brillar en la penumbra del lecho.

Pero sus ojos de gata son ahora ojos de alerta.



(Un mensajero. Un mensaje de Roma...)



Llegará para mediodía. Ven... todavía tenemos tiempo.

Sempronio Cusio desembarca en Tebas. Harto de calor, casi asfixiado por el hedor del río, se seca el sudor de la cara con la manga de su toga y maldice.

(Por los dioses... Ni siquiera deben tener vino fresco...)



Sus esclavos se ríen de él. Las esclavas le dicen obscenidades. El jefe de su guardia mira el muelle que reverbena de calor y se vuelve a la sombra del barco. Solo, molesto, caminando torpemente, Sempronio baja amenazando a sus sirvientes.



Ya verán... Cuando regresemos a Roma...

Cállate, gordo, y camina. No pierdas el tiempo amenazando. La última vez que azotaste a uno de nosotros te servimos la comida fría y salada hasta que pediste perdón. Apura el paso, cerdo pomposo, que no soporto este calor.



Está bien, está bien...pero trátame bien delante de Marco Antonio...Y te daré dos monedas de oro.



Cuatro, avaro. Cuatro...

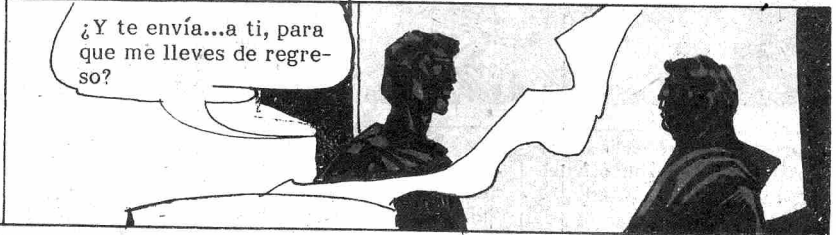
Marco Antonio mira al hombre que jadea delante de él, y a su sirviente que lo sigue casi con desprecio.



¿Dices que eres enviado de Octavio?

Estas son mis credenciales, general. Octavio, que contigo gobierna Roma, te pide que regreses.

Antes de que Sempronio llegara al palacio todo Tebas se reía de cómo lo tratan sus esclavos, de cómo le desobedecen sus esclavos. El enviado de Roma, el que trae el mensaje de la capital del mundo, se detuvo en una taberna a beber vino fresco...y su esclavo le quitó la primera jarra.



¿Y te envía...a ti, para que me lleves de regreso?

Sempronio carraspea. Durante el viaje ensayó decenas de veces qué decir si le hacían semejante pregunta.

El senado exigió a Octavio que te hiciera volver. Lo facultó a enviar tropa por ti, o un negociador experto. Por respeto a ti, escogió la segunda alternativa.

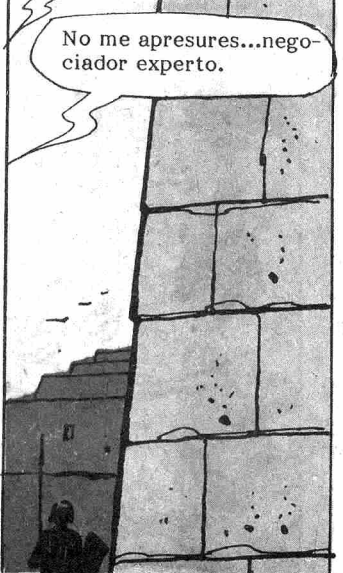


Marco Antonio ni siquiera ocultó la sorpresa. Tras Sempronio, su esclavo deja escapar una risita. El enviado la oye y se ruboriza.



Ajá... Un negociador experto...

¿Tienes tu respuesta? Deseo regresar cuanto antes a Roma y...



No me apresures...negociador experto.

Te hospedarás en el palacio, esta noche. Y mañana te daré mi respuesta.



Yo...¿Es necesario? Este calor, y el olor del río...

El esclavo se inclina hacia él, y le murmura al oído.

Cállate, idiota. Al menos come remos bien.

Yo... De acuerdo. Acepto en nombre del senado de...



No termina la frase. La reina, la reina de ojos de gata, deja escapar una carcajada burlona que se desgrana en ecos de cristal.

Por los dioses... ¿Esto es un negociador experto? ¿Y cómo son los negociadores in-expertos?



¿Qué harás?

Esto es una trampa...



El hombrechito rollizo camina trabajosamente por los pasillos. Su sirviente va delante, curioseando, sin prestarle la menor atención.

Conozco a Octavio. Es muy astuto. Sabe que quiero permanecer a tu lado. Y el senado lo obliga a tratar de llevarme de regreso.



¿Y envía a este... hombrechito?



El rostro del general se ensombrece. De pronto, vuelve a ser Marco Antonio, el que logró conquistar el poder del Imperio.

Sí. Para asegurarse de que la gestión fracasase, y yo no regresé...



Se cierra sobre sí mismo. Es otra vez el ambicioso, el que en algún tiempo, hace ya muchísimo, arrebató las riendas de Roma.

Quiere quedarse con todo el poder...



Quiere arrebatarme el poder...



Sempronio maldice. El sueño lo está duro, a pesar de que ha tendido su capa.

(Pero el desgraciado se metió en el lecho... y no tengo manera de sacarlo sin que arme un escándalo.)





Pero...

Marco Antonio manda decirte que lo has convenido. Que regresará contigo a Roma.



Eh... Duermo en el suelo, porque me acostumbé a ello por mis largas campañas con la legión, y...



Maldición...quién sabe cuánto tardará en prepararse para el viaje...



La esclava semidesnuda lo mira. Mira al sirviente que ronca ruidosamente en el lecho, y deja escapar una risita.

No es lo que parece...Es que en la legión me acostumbré a...Bah, al demonio, si nadie me cree...

Mi señora quiere verte.



Sempronio se sienta casi de un salto. Parpadea, y por reflejo se pasa la mano por los escasos cabellos desordenados.

¿Tu...señora?

Sí. La reina.

La reina lo recibe entre almohadones, comiendo, indolente, frutos de una cesta. A sus pies, con una cadena de oro, un diminuto mono dorado aplaude y chilla pidiendo su parte.



Pasa, Serpiente.



El hombre rollizo mira a su alrededor. Pero sus ojos son inevitablemente atraídos hacia la mujer sensual que no hace nada por ocultar siquiera un poco su belleza.

Mi señora... Mi nombre no es Serpiente. Mi nombre es Sempronio.



Y de pronto, los ojos de gata centellean con un brillo entre divertido y cruel.

Es cierto. Tu nombre es Sempronio. Serpiente es la clave que empleas cuando escribes a Octavio. Él mismo la eligió. Dijo que eras el más astuto y mortal de sus hombres, por eso merecías semejante apodo. Fue un día que impediste que lo asesinaran...

Sempronio palidece. Algo cambia en su rostro.

¿Cómo sabes eso?

Serpiente, para controlar a alguien como Marco Antonio se necesitan dos manos. Una de seda, que sujete blandamente su cuerpo y sojuzgue su voluntad, y otra de oro, que se extienda hasta Roma y compre toda la información que pueda ser necesaria.



Ahora, parece transformarse. Las facciones casi imbeciles se endurecen, y detrás de los ojos vacuos asoma una expresión de astucia que, tal vez, también sea crueldad.

¿Y qué más sabes?

Que esta vez, me has vencido. Nunca me había sucedido esto... Representaste tan bien tu papel de idiota, que Marco Antonio sospecha una trampa, y regresa a Roma. Exactamente como calculaste.

Ya es la Serpiente. Indiferente a los guardias armados y a los esclavos que llevan en sus muñecas el lazo de estrangular, se inclina sobre la cesta y toma un fruto.

¿Me delatarás ante Marco Antonio?



No. Debería contarle cómo sé todo esto. Y Marco Antonio no es hombre que admita ser manejado.

Los ojos brillan. El cuerpo sensual se revuelve un poco entre los almohadones.

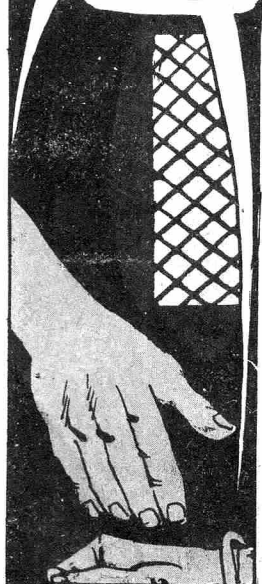
Te propongo un trato. Que seas mi hombre junto a Marco Antonio. Que me escribas cada cosa, cada plan que el general haga.



Ah... Imaginé que no te rendirías tan fácilmente...

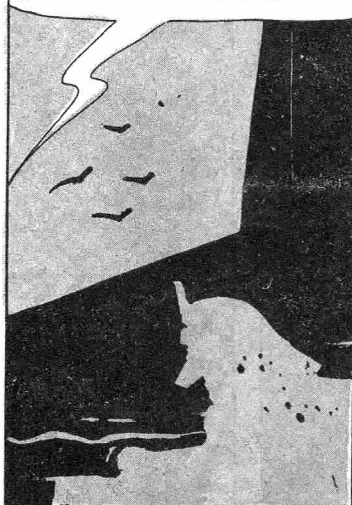
Y me pagarás con tu mano de oro...

Por supuesto.



Sempronio toma la otra mano. La mira largamente. Los dedos delicados, las uñas cuidadas. Y después, suavemente, la besa. Una, dos, diez veces.

No, reina. Quiero que me pagues con ambas manos...



Cleopatra deja escapar una carcajada. Mira al hombre obeso y rechoncho ante ella, y no puede creer lo que oye.

¿Tú...cerdo sudoroso, de-seas a Cleopatra?

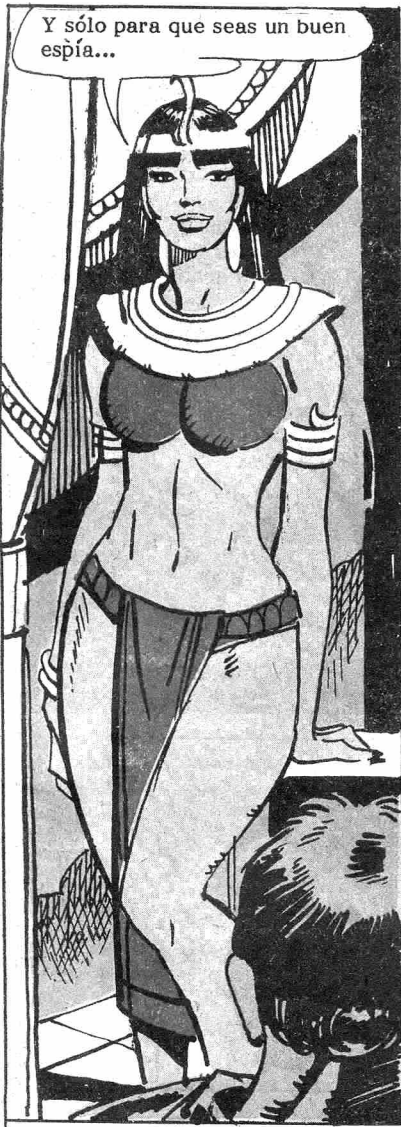
¿Por qué no? Soy el único hombre que la ha vencido...



Las uñas rozan la piel. No es un ataque. Sempronio siente ese roce, y al instante todo su cuerpo se enciende.

De acuerdo. Mi nombre clave será...Príncipe. En tus cartas, te referirás a mí con esa palabra.





Y sólo para que seas un buen espía...



Ten. Llévate este recuerdo, para que siempre tengas presente tu pago...



Lo besa largamente, apretando su cuerpo contra él, desbocándole el corazón, incendiándole los sentidos. En alguna parte, su inteligencia le grita que este es un juego peligroso. Pero él ya no la oye.



¿Y bien, Marco Antonio? ¿Qué has decidido?

Marco Antonio se vuelve y mira a Octavio. En estos meses que lleva en Roma, desde su regreso de Tebas, es te hombrecito me dio tullido, débil, se ha convertido ca si en su sombra. Siempre que discu te algo vital en el senado, o planea algo importante, si alza la cabeza ve sus ojos, sus ojos penetrantes. Y sin saber por qué, comienza a temerle.



Hace un año que regresaste de Tebas. Y has estado postergando este asunto. Ya no puede esperar más.

Lo sé. Los partos...



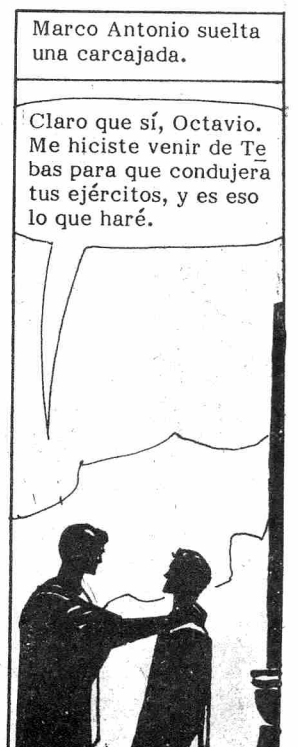
Ya no queda casi nada del hombre que amó a Cleopatra. Sólo el general de Roma, el triunviro de Roma. Uno de los dueños del Imperio.

He planeado una campaña. Será rápida, y no dejará sobrevivientes. Borraremos a ese pueblo de la faz de la tierra.



Octavio le habla con voz suave, como si preguntara algo sin importancia.

Irás tú al frente, supongo...



Marco Antonio suelta una carcajada.

Claro que sí, Octavio. Me hiciste venir de Tebas para que condujera tus ejércitos, y es eso lo que haré.

Pero ya ha pronunciado el nombre, y el nombre trae el recuerdo. Y el recuerdo lo estremece hasta las fuentes de su ser.

Tebas... Un año ya, lejos de...de Cleopatra...



(Un año ya, lejos de Cleopatra...)

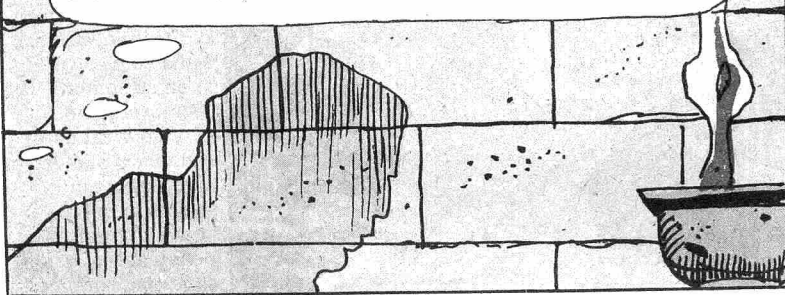


Sempronio escribe. Todas las noches lo hace, escribe cartas detalladas, impersonales, a un cierto príncipe que nunca nombra. Cuando en la penumbra de su cuarto alza la vista, ve a la reina, la reina perfecta y sus ojos, y vuelve a sentir su cuerpo contra el suyo, y el corazón se le desboca.

(Esta es la última. Aquí termino de detallarle los planes de Marco Antonio para acabar con los partos.)



(No escribiré más. Iré con Marco Antonio a Siria, a la guerra. Y de allí... Ah, sí... De allí iré a Tebas, a buscar mi paga...)



(...a encontrarme con...la reina...)



Siria es una hoguera. Los partos combaten en cada hondonada, en cada aldea, en cada casa. Se batan con una ferocidad inesperada, demente.



Y el general, el que no podía ser vencido, los ve y no termina de creerlo.

(Nos están venciendo... Mueren por miles, pero nos vencen...)

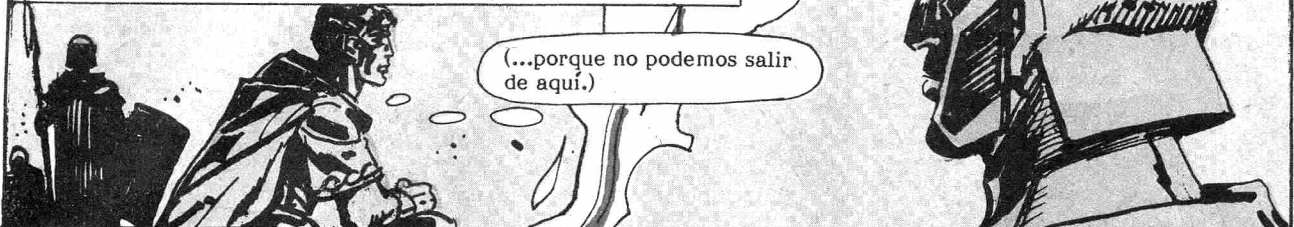


(Parecen saber antes cada movimiento, como si conocieran nuestros planes. Temo... Temo que ni siquiera podré regresar a Roma...)



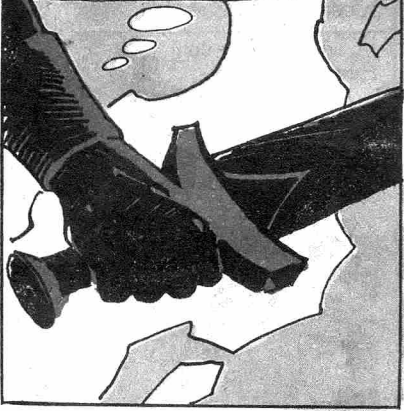
Esa es ahora su realidad. Ya no es el general, el dueño de Roma. Es, simplemente, alguien que no puede mirar a la cara a sus hombres. Ni siquiera hablarles. Los ha llevado a la muerte lejos de la patria.

(...porque no podemos salir de aquí.)



Mira las laderas rocosas. Puede distinguir, a la luz de la luna, a los par tos que esperan.

(Esta noche vendrán. Y nos harán pedazos. No tenemos manera de en frentarlos...)



El general cruza la espada sobre las pier nas. Va a dormir sentado. Cuando la batalla comience, sólo la empuñará. No tiene sentido pelear. Pero quiere morir como soldado.

(Y eso no es lo peor. Lo peor...)



Lo peor es morir sin verla a ella...



Morir sin sentir sobre mí su ma no de seda... Ah, mi reina... Qué tonto fui al regresar a Roma... ¿Cómo pude alejarme de tus caricias?



Pero...

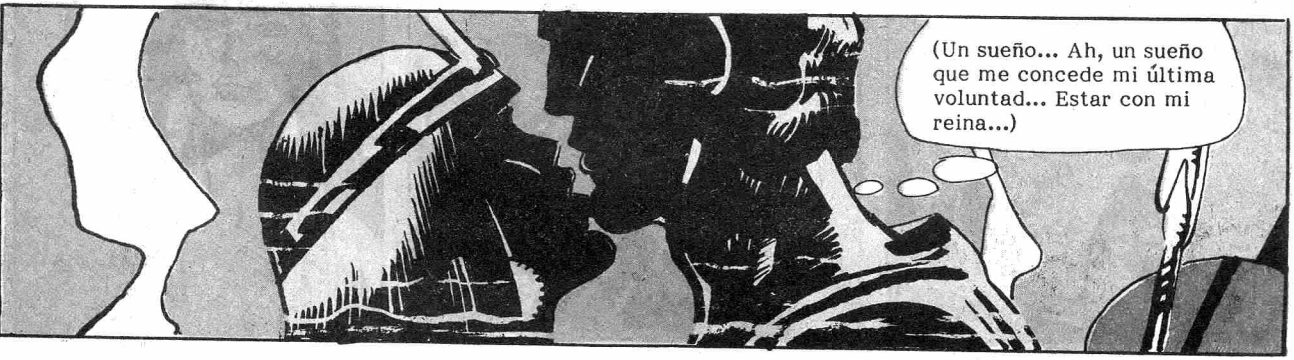


Tú...

He venido a buscarte.



(Un sueño... Ah, un sueño que me concede mi última voluntad... Estar con mi reina...)



Y entonces las tropas egipcias atraviesan el campamento de la legión diezmada. Marco Antonio las ve y súbitamente comprende que no es un sueño.



Estás aquí...

Claro que sí, mi señor. Mis espías han estado en Siria desde que desembarcaste. Traje un ejército pequeño. Pero si lo conduces, podrás alejar a los partos. Y alcanzaremos Egipto.



¿Y si fracaso?

Moriremos juntos. Para mí, es mejor destino que no tener siquiera la esperanza del reencuentro.



Quedarás aquí, con una escolta. Sempronio...; recuerdas a Sempronio?... Él permanecerá contigo.



Fui un idiota al dejarte. Pero aún puedo remediar eso.

Lo sé. Siempre con fié en ti...



En la puerta de la tienda, Sempronio ve a la reina, y siente que el corazón le da un vuelco. No presta atención a los legionarios que se unen a los egipcios para vengar tanta derrota. Sólo puede ver a la reina.



(Ella...ella está aquí...)

Se encierra, y espera. Oye cómo los soldados se marchan, y las trompetas, y el remoto fragor de la batalla.



(Ella vendrá...)

La reina está aquí.



(Ella vendrá...)



Y nada importa.

Vine a pagar mi deuda, Sempronio.



Y Sempronio se sumerge en la piel fragante de la mujer perfecta, y bebe de su boca secretos que jamás había imaginado. Deja que su cuerpo grotesco palpite junto al cuerpo perfecto y, fugazmente, es feliz.



Señora... No creí que me pagaras.

No lo he hecho.



No reacciona. Aún está sumergido en las carnes de esa 'mujer-gata'.

No te entiendo...

Sólo te he retenido, para asegurar me de que estuvieras aquí cuando Marco Antonio regrese. Ni siquiera me he divertido un poco.



Los ojos seductores fulguran en la penumbra con un destello de júbilo rabioso.

Porque nadie me vence, Serpiente... Tus cartas, esas cartas tan medulosas sobre los planes de Marco Antonio...



La sonrisa deforma los labios sensuales en una mueca de crueldad inhumana.

Las leí... Y sin tocarlas otra vez, las envié al príncipe de los partos...

No...



Y las manos, que no son ni de oro ni de seda, sólo dos garras atroces de animal terrible.

Tú me quitaste a Marco Antonio. Y tú me lo devolviste. Los partos lo derrotaron gracias a que tú me revelaste los planes de la campaña, y yo se los envié a ellos...



Sólo que en esas cartas no se me nombra. Siempre se habla de un príncipe... Y en este momento, el general está entrando en su campamento...



Y Sempronio Cusio, la Serpiente despierta bruscamente de su sueño de placer.

Las cartas... Encontrará las cartas y pensará que yo...



A revienta caballo, Marco Antonio regresa al campamento. Sólo lo sigue su escolta, trayendo un pequeño cofrecito. Salta a tierra, pálido de indignación y de furia.

¡Sempronio, perro traidor!



Los legionarios se marchan. Caminan en hileras serpenteantes; algunos sin armas, otros sin casco. Tratan de llegar a Egipto antes de que los partos se reorganicen.



Y desde la punta de una espada, la cabeza de pelo revuelto y mejillas flácidas los mira, con la boca eternamente abierta como para revelar algo.



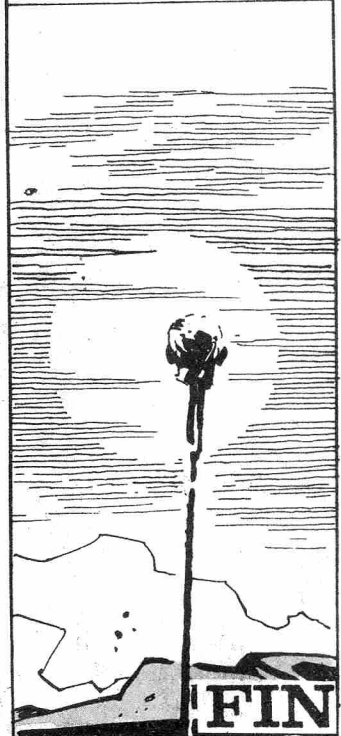
Al frente, la reina cabalga junto al general. A veces, cuando siente que él la mira, baja los ojos y sonríe, ruborizándose. Lo tiene otra vez. Otra vez sujeta su voluntad. Y sabe que ahora es para siempre.



Sabe que, definitivamente, ha vencido.



Y desde la pica, la cabeza que comienza a resecarse guarda su triple secreto. El de una felicidad mentida, el de un engaño perfecto, y el de una venganza atroz.



FIN